

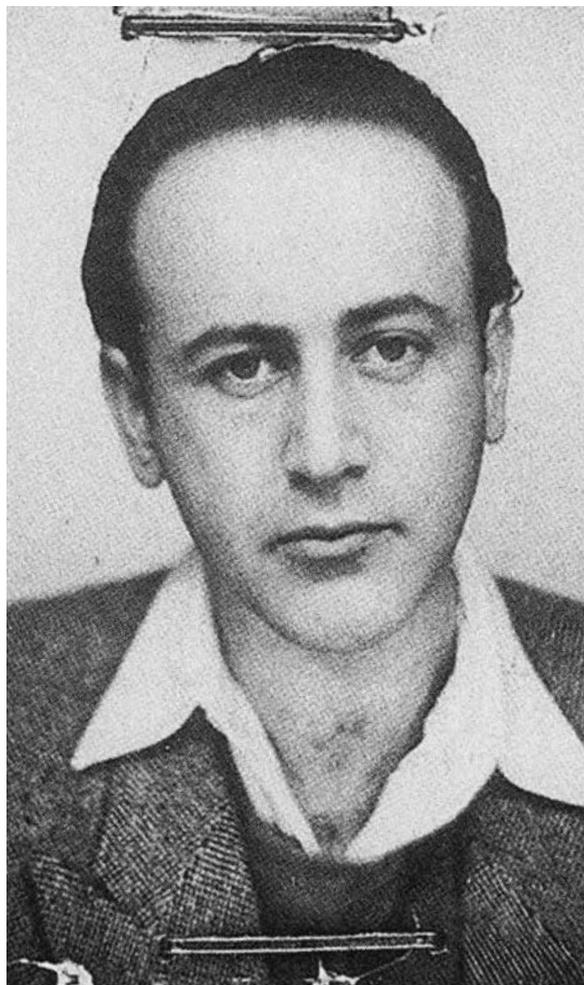
Paul Celan entre sus fantasmas

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

La poesía de Celan pareciera ser aquello que, tras el Holocausto, sobrevivió del surrealismo. Sus encuentros y desencuentros con Adorno y Heidegger, y su deuda con Éluard y Mandelstam, iluminan su poesía y el complejo siglo que le tocó vivir.

PAUL CELAN (1920-1970) creía, como tantos otros, que la biografía de los poetas no debe ser otra que su propia poesía. Pero de pocos poetas, sobre todo entre los reputados como los más difíciles, se puede saber tanto como

de Celan, leyendo, principalmente, su poesía. Entre *Poemas y prosas de juventud*¹ y *Poemas póstumos*,² leemos cómo cada poema, frondoso al principio, se va aligerando de su vegetación, condenado a su expresión más desnuda. Leer ese follaje derramado a lo largo de una vida es una de las maneras de entender a Celan, hombre cuya fama de extrema reserva queda desmentida por la ansiedad confesional, abierta o no, de sus numerosas cartas y de sus escasas, aunque sustanciales,



prosas. Me es imposible no rehuir el tópico: antes que Ludwig Wittgenstein nos ordenara callar ante lo que no se puede hablar, está lo que Celan tenga que decir.

ADORNO NO RESPONDE

Hijo de una cantante francesa y católica, el filósofo T. W. Adorno (1903-1969) no era propiamente judío, pero renunció pronto a firmar con el apellido de su padre, él sí un judío alemán de oficio comerciante. Celan, antes del desencuentro de principios de julio de 1959, lo creía judío y con motivo de ese episodio escribió “Diálogo en la montaña”,³ una de las pocas expresiones en prosa del poeta rumano de lengua alemana.

El no encuentro entre Celan y Adorno en Sils-Maria es fundamental. Adorno —quien había dictado un veredicto en 1951, adrede provocador, de que “escribir un poema después de Auschwitz es barbarie”—⁴ se

1 Paul Celan, *Poemas y prosas de juventud*, edición de Barbara Wiedemann y traducción de José Luis Reina Palazón con la colaboración de Iona Zlotescu para los textos rumanos, Madrid, Trotta, 2010.

2 Celan, *Poemas póstumos*, edición de Bertrand Badiou, Jean-Claude Rambach y Barbara Wiedemann, traducción de J. L. Reina Palazón, Madrid, Trotta, 2003.

3 Celan, “Diálogo en la montaña” en *Obras completas*, prólogo de Carlos Ortega y traducción de J. L. Reina Palazón, Madrid, Trotta, 1999, pp. 483-486.

4 T. W. Adorno, *Crítica de la cultura y sociedad, I. Prismas. Sin imagen directriz en obra completa*, 10/1, edición de Rolf Tiedemann y traducción de Jorge Navarro Pérez, Madrid, Akal, 2008, p. 25.

enfrentaba al autor de “Fuga de la muerte” (1948),⁵ algo así, según John Felstiner, como “el *Guernica* de la literatura europea de la posguerra”⁶ y sin duda el poema canónico sobre el Holocausto. Tal parece que Celan –hombre huraño y depresivo cuyos padres murieron en un campo de exterminio de Transnistria– rehu­yó el encuentro. En el “Diálogo en la montaña” –pro­venga de Georg Büchner (“Yo soy el Judío Errante”) o de Franz Kafka– se habla de un judío “grande” y otro judío “pequeño”, de tal modo que Adorno bromeó con que si Celan quería conocer a un gran pensador judío, más le valía hablar con Gershom Scholem, tan influyen­te, cuando lo leyó tiempo después, en los últimos poe­mas de Celan.⁷ Frente a Scholem, como frente a Martin Buber, se decepcionó un poco Celan, estudiante ansio­so y algo atorrante que esperaba de los sabios patriarcas esas respuestas a sus preguntas, las cuales, al no existir, y es preciso decirlo, son la materia, la dignidad y el des­tino de su propia poesía. Celan le preguntó a Buber si un poeta judío, después del Holocausto, debía no solo escribir sino publicar en Alemania. Buber, imper­tur­bable, le respondió que el sentido común indica­ba hacerlo.⁸

Aunque posteriormente Adorno y Celan se cono­cieron, la relación, como tantas otras en la vida del poeta, terminó mal porque el poeta, acusado dolosa­mente por Claire, la viuda de Yvan Goll, de haber pla­giado a su marido moribundo, no obtuvo, en el asunto más doloroso de su vida pública, el respaldo pleno de Adorno, mientras el resto de la literatura alemana se volcaba a su favor. Pero en la primavera parisina de 1961, el filósofo no podía desdecirse de su polémica frase.

Con cierta maña o certera mayéutica, Adorno con­sideraba que les había picado la cresta a los jóvenes escritores alemanes, alejándolos de las facilidades de “la literatura comprometida”. Esto, por cierto, colocaba en el mejor de los lugares al “hermético” Celan, quien a lo largo de sus casi mil poemas (entre los publicados y los póstumos) se acercó, musitando, a ese silencio imposi­ble pregonado por Adorno.

El “Diálogo en la montaña” reflejó esa tensión en lo increíble: tenía razón Adorno en su veredicto filosófico y tenía razón a su vez Celan en refutarlo con poesía. “El silencio se hizo”, leemos, “pues, el silencio allí arriba en la montaña. No duró mucho el silencio, pues cuando el judío viene y encuentra a otro judío, entonces el silencio se acaba pronto, también en la montaña. Pues el judío y la naturaleza son dos cosas distintas, todavía, incluso hoy, incluso aquí” pues el judío “no tiene nada

que le pertenezca verdaderamente, que no sea fiado, prestado y no devuelto”.⁹

ÉLUARD O AMAR AL DESHONRADO

Nunca se conocieron Celan y Éluard. Este murió con olor a santidad cuando el autor de *La arena de las urnas* (1948) y *Amapola y memoria* (1952) era un humilde polí­glota de 31 años (tradujo a 46 poetas en seis lenguas, unos 2.500 poemas, durante toda su vida) que traba­jaba a destajo en París, tratando de salvar del olvido la poesía del surrealista alemán Goll, una generosidad que le costó muy cara.

Todo lo que Celan escribió antes de llegar a París, en la Bucovina donde nació el 23 de noviem­bre de 1920 y en la Bucarest donde hizo trabajos forza­dos para las autoridades rumanas al principio aliadas de los nazis y virulentamente antisemitas, tiene mucho de Éluard. Después, al traducir del ruso para los nuevos amos soviéticos, en 1942 y 1947, descubre una lengua en cuyos poetas encontrará hermandad en el sacrificio antes que patrocinio lírico y, durante su fugaz estancia en Viena, en el invierno de 1947/1948 –la única ocasión en que vivió en una ciudad donde se hablase alemán–, será puente entre los surrealistas berlineses o vieneses y los rumanos.

Éluard se había negado a firmar la petición de clemencia que le solicitó su viejo camarada Breton y que estaba destinada a salvarle la vida al poeta checo Závřil Kalandra, sobreviviente de los campos nazis y ahorca­do por trotskista en 1950.¹⁰ Es en memoria de su amigo Kalandra, y no de Éluard, que Celan escribe ese res­ponso en la víspera de las exequias del antiguo surrea­lista, “In memoriam Paul Éluard”.¹¹

Celan siempre se sintió orgulloso de la tradición revolucionaria –más anarquista que socialista– de la que provenía. Adoraba a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburgo, los mártires espartaquistas del fallido sóviet berlinés de 1919. Pero el deshonor de Éluard no manchó el amor de Celan por su poesía. Por esa misma correspondencia, sabemos que recibe de su mujer, en Suresnes, en el invierno de 1965/1966, la *Choix de poèmes*, del “primaveral” Éluard. Es la única lectura que se permite durante esa cura en un manicomio.

Habitada por ojos, la poesía de Celan pareciera ser aquello que genuinamente pudo sobrevivir, tras el Holocausto, del surrealismo, con cuya idea matriz

5 Celan, “Fuga de la muerte” en *Obras completas*, op. cit., p. 63.

6 John Felstiner, *Paul Celan: Poet, survivor, Jew*, Nueva York, Yale University Press, 1995, p. 33.

7 *Ibid.*, pp. 234-236.

8 *Ibid.*, p. 161.

9 Celan, “Diálogo en la montaña”, en *Obras completas*, op. cit., p. 483.

10 Celan/Celan-Lestrangle, “Cronología” en *Correspondencia (1951-1970)* con una selección de cartas de Paul Celan a su hijo Eric, edición de Bertrand Badiou y Eric Celan, prólogo de Francisco Jarauta y traducción del francés de Mauro Armiño y del alemán de Jaime Siles, Ciudad de México, FCE/Siruela, 2010, p. 1952.

11 Celan, “In memoriam Paul Éluard” en *De umbral en umbral (1955)* en *Obras completas*, op. cit., pp. 105-106.

siempre se identificó: “*Les jeux ne sont pas encore faits* —un pensamiento que acompaña a toda verdadera intención poética.”¹² Todavía en 1966, recuperado parcialmente, Celan reemprendía sus traducciones de Éluard.

HEIDEGGER TAMPOCO RESPONDE

¿Martin Heidegger es el maestro de Alemania o “la muerte es un maestro alemán”, como dice Celan en “Fuga de la muerte”?¹³ Ni Hannah Arendt ni Celan tuvieron una respuesta aunque la buscaron, ella a lo largo de su vida, él durante un breve e intenso tiempo. Más allá de Alemania y a pesar de lo que entonces se consideraba una infatuación pasajera de Heidegger por el nazismo, seguida de una decepción que nunca fue tal, su filosofía fue decisiva para un par de generaciones y es imposible leer a Celan sin su influencia.

Durante los primeros años de la década de los cincuenta, el poeta casi no hizo otra cosa que leer *Ser y tiempo*, así como los pasajes del filósofo sobre Friedrich Hölderlin y Rainer Maria Rilke. Y si bien sería falso decir que Celan fue para Heidegger lo que Hölderlin para Hegel, el filósofo tuvo al autor de *Amapola y memoria* por un contemporáneo capital, al grado que lo invitó a conversar a su cabaña de Todtnauberg, en la Selva Negra, el 25 de julio de 1967. En el libro de visitas de Heidegger anotó Celan: “En el libro de la cabaña, la mirada puesta en la estrella en la fuente, con la esperanza de encontrar una palabra que llegue al corazón.”¹⁴ No hubo, ni para la devota Hannah ni para Celan, ni para nadie, esas palabras de expiación, de explicación o de consuelo, sobre su obcecado silencio sobre el Holocausto tan esperado “de corazón” por tantos y que hubiera sacado a Heidegger del lado oscuro desde donde sigue, al parecer, reinando como un Tiresias.

La actitud ante Heidegger era, desde luego, un problema para los jóvenes escritores alemanes desde que se fundó el Grupo 47, al cual Celan fue invitado y donde, para no variar, cayó mal. A Ingeborg Bachmann, su mejor amiga desde entonces, le escribirá Celan el 10 de agosto de 1959: “Queda Heidegger. Sin duda yo soy el último, tú lo sabes, que pueda mirar para otro lado con respecto al discurso del rectorado de Friburgo y algunas cosas más...”¹⁵ Pese a ello, el poeta, quien se quejaba del antisemitismo real o supuesto de “antiazis tan

patentados” como Heinrich Böll y de otros autores, no pudo resistir al embrujo proveniente de la Selva Negra y menos de diez años después, aunque todavía faltaría para su visita a la cabaña, asiste a una multitudinaria conferencia de Heidegger, en Friburgo, precisamente.¹⁶

En carta a su esposa Gisèle Celan-Lestrange, el 2 de agosto de 1967, Celan presumió de haber tenido “en el coche un diálogo serio, con palabras claras de mi parte”, las cuales quedarían “como una conversación que había tenido carácter de época”, pero nada quedó y, contra los deseos del poeta, el filósofo no cogió la pluma, ni escribió “páginas haciéndose eco” de sus admoniciones, como advertencia de que “el nazismo remonta”.¹⁷

Heidegger admiraba la poesía de Celan aunque lo consideraba un “incurable”, lo cual no es necesariamente en desdoro de los poetas locos, como Hölderlin; más bien le impresionó el refinado conocimiento botánico del rumano durante su corta caminata, según le contó a Hans-Georg Gadamer.¹⁸ La poesía de Celan es, sin duda, heideggeriana, en la imprecisa medida en que la de Bertolt Brecht es “marxista” o la de Paul Claudel, “católica”. Celan, como otros pensadores judíos, encontró compatible el vacío, la nada, el ser puro, con el misticismo judío. Aparentemente, a ambos los une “la oscuridad” del sentido o, como diría un admirador de ambos —George Steiner—, “la dificultad”.

El diferendo sobre Heidegger y Celan me rebasa, desde luego. Más vale leer unos versos de Celan, los de “Todtnauberg”, el nombre de la cabaña de Heidegger, con que Celan tituló, en *Compulsión de luz* (1970), su decepción: “brañas del bosque, sin allanar, / satirión y satirión, en solitario, / crudeza, más tarde, de camino / evidente, / el que nos conduce, el hombre, / que lo oye también, / las sendas / de garrotes a medio / pisar, en la turbera alta, / mojado / mucho”.¹⁹

De haber sabido Celan, tras la publicación póstuma de los *Cuadernos negros* (2014), de Heidegger, que detallan su compromiso nacionalsocialista y lo imbricada que él encontraba a su propia filosofía con la idiosincrasia hitleriana, es dudoso que el poeta hubiese hecho esa visita a la Selva Negra.

MANDELSTAM, EL ENCUENTRO CON EL ALMA GEMELA

La fama del poeta ruso Ósip Mandelstam (1891-1938) se difundió lentamente por Occidente y no fue sino hasta principios de los años setenta cuando la traducción de

12 Celan, *Microlitos. Aforismos y textos en prosa*, edición crítica de Barbara Wiedemann y Bertrand Badiou; traducción de J. L. Reina Palazón, Madrid, Trotta, 2015, p. 114.

13 Celan, “Fuga de la muerte” en *Obras completas*, op. cit., pp. 63-64.

14 Celan/Celan-Lestrange, “Cronología” en *Correspondencia (1951-1970)*, op. cit., p. 927.

15 Ingeborg Bachmann/Paul Celan, “Carta número 138” en *Tiempo del corazón. Correspondencia. Con la correspondencia entre Paul Celan y Max Frisch y entre Ingeborg Bachmann y Gisèle Celan-Lestrange*, edición de Bertrand Badiou, Hans Höller, Andrea Stoll y Barbara Wiedemann, Buenos Aires, FCE, 2011, p. 138.

16 Celan/Celan-Lestrange, “Cronología” en *Correspondencia (1951-1970)*, op. cit., p. 927.

17 Celan/Celan-Lestrange, “Carta 536” en *Correspondencia (1951-1970)*, op. cit., p. 556.

18 Felstiner, op. cit., pp. 245 y 286.

19 Celan, “Todtnauberg” en *Compulsión de luz (1970)* en *Obras completas*, op. cit., pp. 321-322.

Contra toda esperanza (1972), las memorias de su esposa Nadiezhda Mandelstam, permitió una valoración completa de su obra y de su vida. Fue el amor constante en la obra de Celan y puede decirse –lo prueban sus cartas a su esposa Gisèle– que los momentos más felices de la desgraciada existencia del poeta rumano fueron aquellos dedicados a leerlo y a traducirlo. Justamente los equívocos en difundir legendariamente a Mandelstam provocaron un malentendido significativo en Celan. Impreciso, el *Times Literary Supplement* de mayo de 1958 –aparecido justo cuando el rumano se disponía a traducirlo– decía que Mandelstam, aunque deportado por Stalin a Siberia, había sido víctima del exterminio de judíos practicado por los alemanes en las zonas ocupadas de la URSS. A pesar de que tuvo abundante información sobre Mandelstam, su alma gemela, Celan conservó esa imprecisión, haciendo víctima al ruso de los asesinos de sus padres.²⁰

Situado con orgullo en la izquierda antiestalinista, Celan no podía ignorar el carácter genocida del régimen comunista y tan convencido estaba de su antisemitismo que, a finales de noviembre de 1947, a riesgo de su vida, escapó clandestinamente de Rumania, invadida por los soviéticos desde abril de 1944 y a punto, en los albores de la Guerra Fría, de que cayese la Cortina de Hierro. Así como había destruido libros en ruso obligado por los alemanes, después pasó a destruir libros en alemán obligado por los soviéticos. Unos y otros necesitaban de un joven letrado como Celan para llevar a buen término sus autos de fe.

Desde la primera ocupación soviética de Bucovina, en junio de 1940, y a consecuencia del pacto germano-soviético de 1939, el políglota Celan, quien venía regresando de Tours, donde se matricularía en medicina, se decidió a aprender ruso, sabiendo ya el ucraniano. Su amor por Aleksandr Blok, por Vladímir Mayakovski y sobre todo por Sergei Esenin –esta última pasión no lo abandonaría nunca– lo llevaría a la poesía de Mandelstam, a una “rusificación” de sus emociones, asociada, durante su juventud en los años treinta, al fervor por la Revolución rusa. “Mi esperanza es el Este”, dijo después de encontrarse con la poesía de Mandelstam y de escuchar “Babi Yar” (1961), de Yevgueni Yevtushenko, sintiendo latir a su traicionado y “viejo corazón comunista”, pese a la Primavera de Praga, cuya disolución por las mismas tropas soviéticas, cuyas idas y venidas conoció de jovencito, condenó con vehemencia en 1968.

Son muchas las menciones a Mandelstam en la poesía, los discursos y aforismos de Celan, para quien el mártir ruso escribió versos “libres de creaciones de palabras, acumulaciones de palabras, destrucciones

de palabras, al contrario del futurismo que se extendía al mismo tiempo. No son ningún ‘nuevo arte expresionista’ sino el habitante de ‘un lugar humano’, ‘un lugar en el universo’, sin duda, pero aquí abajo en el tiempo. El poema permanece, con todos sus horizontes, un fenómeno subllunar, terrestre, de la creatura humana. Es lenguaje de un individuo hecho forma, tiene objetualidad, objetividad, presencia. Se sitúa dentro del tiempo”.²¹

Desde luego, que Mandelstam fuera también judío e hijo de una familia practicante como la suya hacía más intenso el calor de hogar. Pero un Heidegger, siempre pendiente de la poesía de Celan, consideraba que sus traducciones de Mandelstam “judaizaban” en exceso los poemas del ruso. Y si el filósofo de la Selva Negra no es precisamente la persona adecuada para hacer esa observación, Felstiner cree que judaizar la crucifixión de Cristo como parte de la agonía judía no era para Celan –como tampoco lo fue para Marc Chagall– una contradicción.²² Al contrario: el cristianismo volvía a ser un extravagante y peligroso camino judío.

Mandelstam, el autor de *Tristia* (1922) y de *Cuadernos de Vorónezh* (1935-1937), arrestado y enviado al gulag por atreverse a escribir un “Epigrama contra Stalin” (conocido también como “El montañés del Kremlin”, 1933), murió de tifoidea, el 27 de diciembre de 1938, tras haber sido sometido a una “cura” de agua helada por los guardianes del campo de trabajo, en Vorónezh.

“Todos los poetas son judíos”, había escrito Celan, utilizando un epígrafe proveniente de un verso, irónico, de Marina Tsvietáieva.²³ Desaparecido del domicilio a donde su esposa y su hijo lo habían desterrado por haberse tornado imposible convivir con él, Celan se arrojó al río Sena, entre el 19 y el 20 de abril de 1970.²⁴ Es probable que lo haya hecho desde el puente Mirabeau, al cual Apollinaire le cantó, como bien lo sabía Paul Celan. Nadie lo vio saltar. —

Una versión completa de este ensayo, ampliado con las entradas dedicadas a las relaciones de Paul Celan con Walter Benjamin, E. M. Cioran y Primo Levi, puede leerse en el sitio web de Letras Libres.

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL es escritor y crítico literario. Este año El Colegio Nacional publicó sus *Ensayos reunidos 1984-1998* y Ediciones Universidad Diego Portales, *Ateos, esnobs y otras ruinas*, en Santiago de Chile.

21 Celan, *Microлитos. Aforismos y textos en prosa*, pp. 145-146.

22 Felstiner, pp. 104 y 133.

23 *Ibid.*, p. 197.

24 Celan/Celan-Lestrangle, “Cronología” en *Correspondencia (1951-1970)*, p. 953.

20 Felstiner, *op. cit.*, p. 136.